

Reproducido en "Temas argentinos"  
Buenos Aires, 1943, p. 137-147

"La Nación", Buenos Aires  
14 Julio 1907

2-187

2-115



P. Comolatas  
tomo VIII

## EL CABALLO AMERICANO

(PARA LA NACION)

SALAMANCA, junio de 1907.

Alguna otra vez os he citado en estas correspondencias algo del Manual de economía general popular de Gustavo Schmoller. Hoy voy á citaros algo más de él.

En el párrafo 56 (Libro Primero) hablando de la distribución de las plantas y los animales y su influencia sobre la economía de los pueblos, nos dice que la alimentación, el vestido y la calefacción del hombre depende de ellos. La mayor parte de la actividad económica del hombre es el adueñamiento de plantas y animales y el hacerlos servir á fines humanos, dice Schmoller. Lo que me recuerda aquello que decía un catedrático de historia natural al llegar á tratar del caballo: bendigamos, señores, al que primero domó al caballo, pues de otro modo la mitad de los hombres andarían todavía llevando á costas á la otra mitad. Y lo triste es que la domesticación del caballo no acabó, ni mucho menos, con la esclavitud.

Los hombres dependen, dice Schmoller, del número y la clase de las plantas y animales de que dispongan. Y entra á hacer indicaciones sobre la importancia de la fauna y la flora en la cultura.

El hecho de haber reducido á la domesticidad á caballos, toros, camellos, ovejas, etcétera, es, sin duda, uno de los hechos culminantes de la historia de la cultura. Y no hace falta ilustrarlo más.

El atraso de Australia—sigo citando á Schmoller—se debe á su miserable fauna del período terciario y el de la América antigua á falta de animales domésticos como la vaca, la oveja, el caballo ó el camello, pues no tenían sino el perro y la llama, y no pudieron llegar ni á la industria lechera ni á la ganadería y, por lo tanto á la vida nómada ó seminómada, que es la que en virtud de emigraciones y de los choques que éstas producen entre los pueblos determinan el proceso de la cultura. «Aun hoy—añade el profesor alemán—las regiones occidentales del Asia y las africanas que adoptaron todos nuestros animales domésticos, habiendo llevado su economía sin ellos durante miles de años, han quedado, por su efecto, económicamente más pobres.»

Después de leído y considerado todo esto vínoseme al punto á las mientes lo de que el instrumento mayor de cultura que aportaron á América los españoles que la descubrieron, conquistaron y poblaron fué llevar los animales domésticos. Cuando nuestros conquistadores arribaron á esas tierras se impusieron á los indios más aun que por las armas de fuego, por los caballos que montaban. Apareciéronseles como unos centauros.

Pero bien pronto se adueñaron los indígenas del caballo, y ¡de qué manera!

Entre las muchas cosas, algunas muy hermosas, que se han escrito en América en alabanza del caballo se me vienen á las mientes las que escribió Sarmiento, y so-

bre todo aquella respuesta que el Chacho (Angel Vicente Peñaloza), el jefe que fué de los «montoneros», dió en Chile á uno que le preguntaba cómo le iba: ¡Cómo me ha dir, amigo! ¡En Chile y á pie!

Recordé cuanto en los escritos gauchescos he leído sobre los «patones», los que no saben montar á caballo y el desprecio que por ellos sienten los jinetes.

Y recordé, sobre todo, aquellos hermosísimos párrafos que Juan Zorrilla de San Martín, el poeta oriental, dedicó al caballo de Lavalleja en el grandioso discurso que pronunció en la plaza de la ciudad de Minas el 12 de octubre de 1902 al inaugurarse la estatua ecuestre del héroe uruguayo general Juan Antonio Lavalleja, discurso que figura en sus «Conferencias y discursos».

Después de contar cómo al encontrarse los Treinta y Tres en las playas de la Agraciada con sus caballos se abrazaron al pescuezo de los animales besándolos como si fuesen sus queridas, añade: «Oh! y lo eran, señores; eran mucho más que eso; los generosos animales tenían que ser casi una parte integrante de aquellos hombres, porque ellos eran los centauros de la patria, que debían dominar como señores la extensión de vuestras sagradas colinas; porque ellos eran la libertad americana, la libertad á caballo».

Hoy ya la libertad americana va más al vapor que á caballo, pero, sin duda, el caballo contribuyó á fundarla. En otro de sus discursos tiene Zorrilla de San Martín, con su elocuencia también á caballo, frases espléndidas acerca del hombre centauro de América.

Los españoles llevaron á la América caballos y los hijos de estos caballos habían de ser con el tiempo los que sirviendo á los hijos de ellos, de los españoles, lucharán por la independencia. Díganlo los gauchos de Güemes en la Argentina y los llaneros de Páez en Venezuela. La caballería fué el nervio de las guerras de la independencia americana.

Aquellos caballos eran descendientes de los caballos que los conquistadores y pobladores españoles llevaron ahí, pero también los hombres que los montaban eran, en general, descendientes de los que montaron aquellos primeros caballos emigrantes.

Siempre que durante la guerra de Cuba oía tachar de ingratos á los cubanos y repetir aquello de «después que nosotros los descubrimos y civilizamos», replicaba yo á quien tal dijese: ignoraba, señor mío, que usted hubiese descubierto, conquistado, poblado ó civilizado América y siempre he creído, aunque acaso me equivoque, que los americanos son tan descendientes de los españoles que descubrieron, conquistaron, poblaron y civilizaron aquello, como nosotros por lo menos, si es que no más, como me atreví á sospechar, con permiso de usted».

Dice un amigo mío que sería una experimento curioso el de llevar á un pueblo del centro de Africa donde no haya llegado la influencia del blanco—si es que tal pueblo existe ya—ó al fondo de la cuenca del Amazonas toda clase de instrumentos y máquinas nuestras, locomotoras,



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



máquinas de vapor, telégrafo, teléfono, fotografía, escritura etc.; enseñarles el manejo de todo ello sin darles la menor noticia de nuestras ciencias, artes, ideas religiosas, etc., y ver lo que hacían. La ocurrencia de mi amigo es una inocentada, pues todo el mundo sabe lo que harían. Convertirían por algún tiempo esas cosas en juguetes y las arrinconarían luego. Excepto las armas de fuego y el alcohol. Es cosa que se ve á diario. Pero de lo que no me cabe duda es de que la introducción del caballo fué en América mucho más eficaz que la introducción del Evangelio para modificar las costumbres y el modo de ser de los indios. Un argentino amigo mío, muy inteligente y muy agudo, me decía una vez: el caballo acabó con el indio, entronizando al gaucho y el alambrado ha acabado con el gaucho.

Y esto del gaucho me recuerda lo que escribí hace ya trece años acerca de él y á propósito del «Martín Fierro», que fué por entonces una de las lecturas que más me impresionaron. Impresionóme por lo profunda, ahincadamente español que encontré todo aquello. Me parecía respirar el ambiente mismo que se respira en nuestros viejos romances fronterizos, en aquellos en que se canta las luchas de los cristianos contra los moros en las fronteras de las tierras de unos y de otros.

Y entonces comprendí que así como el caballo americano, lo mismo que el toro, que corre libre por montes y llanos, no es el caballo salvaje sino el caballo cimarrón, el caballo doméstico vuelto á la vida bravía y salvaje, así también el gaucho no era hasta cierto punto nada más que el español cimarrón, que al volver á encontrarse en condiciones de vida análogas á aquellas en que se encontraron sus antepasados en los tiempos en que luchaban con el moro, volvió á sentir y á pensar como ellos y pensaban y sentían y hasta volvió á hablar de una manera muy parecida á como ellos habían hablado.

El gaucho fué, con las naturales diferencias que la diferencia de suelo y clima lleva consigo, un caso de atavismo. La influencia de la sangre india, del mestizaje, creo que fué muy pequeña en él, así como en su caballo no pudo haber una influencia análoga, pues no sé que en América hubiese solapado alguno con el que pudiera cruzarse y dar híbridos nuestro caballo.

El caballo, lo más puramente europeo, mejor dicho, lo más puramente español que había en América fué, sin duda, uno de los elementos que más dió á ciertas regiones americanas el carácter que llegaron á ostentar.

—¿Y los descendientes de los vascos allá en aquellos campos de América por donde usted ha andado?—le preguntaba una vez yo á un paisano mío—vasco como yo—que volvía de esas tierras. Y me respondió lacónicamente:—Son vascos de caballería. Y me lo explicó todo.

En mi país vasco apenas se usa el caballo que, además, no sería de gran utili-

dad por aquellas montañas. Nosotros los vascos, montañeses, somos buenos andarrines y una raza más ágil aun que fuerte, aun siendo fuerte. Voltaire decía que los vascos somos un pueblo que se pasa la vida saltando en el Pirineo. Y el hecho es que la cualidad física que más sobresale en mis paisanos es la agilidad. Agilidad que cuando se traslada del cuerpo al espíritu puede dar nuevos frutos.

En cierta ocasión le decía yo á Maeztu: «Mire usted, amigo Ramiro, nosotros somos un pueblo ágil, ágil sobre todo; excelentes jugadores de pelota. Y así como otros juegan con pelotas de goma nosotros jugamos con ideas; cuando se nos revientan cojemos otras. Porque lo importante no son las pelotas sino las jugadas que se pueden hacer con ellas y el desarrollo que dan al cuerpo, y lo importante no son las ideas sino las jugadas que con ellas se puede hacer y el desarrollo que dan al espíritu. Y he aquí por qué estos pueblos de jinetes nos tienen por paradojistas.»

En mi país, repito, apenas se usa el caballo y á lo sumo monta el aldeano en un horriquito para ir de una parte á otra, pero en general anda á pie. Lo quebrado del terreno y las pequeñas distancias que de ordinario tiene que recorrer, debido á la densidad de la población, le dispensan de tener caballo. En cambio apenas puede vivir sin vaca. La heredad que labra está en derredor de la casa. Y todo esto y lo poco que de ordinario se mueve y el relativo aislamiento en que ha vivido durante siglos, en su casería, han modelado su carácter tanto para bien como para mal. Y he aquí por qué al decirme que el descendiente del vasco es un vasco de caballería comprendí al punto toda la trascendencia de la frase y todo lo que esa novedad ha tenido que aportar al carácter de mis paisanos. Y así me explicó á ciertos gauchos de apellido vasco.

A la importancia del cambio que el uso de cualquier doméstico tiene que introducir en la economía, y, por lo tanto, en las costumbres y en el carácter de un pueblo, se une en el caso especial del caballo que éste es un medio de locomoción que acorta las distancias. Y es conocida la importancia de este factor en la cultura, importancia que ha ilustrado recientemente Wells en su libro «Anticipations». La legua, es decir, la hora de camino, es más larga para el jinete que para el peatón, ó si se quiere, más corta, según la que se tome por término de cotejo.

Schmoller atribuye el atraso de la América precolombiana—la leyenda de las tan mentadas cuanto fantásticas civilizaciones azteca, quechua y alguna otra, se va desvaneciendo, ó, por lo menos, reduciéndose mucho—á la falta de animales domésticos que no permitió á aquellos pueblos aborígenes americanos pasar de la vida de cazadores ó merodeadores á la de pastores nómadas con todas las consecuencias que el nomadismo trae consigo.

Muchas veces se ha hecho resaltar, y por ingenios de nota, la diferencia radical en-





tre los pueblos pastores y los pueblos agricultores, aunque aquéllos pasan á éstos. Y en el Génesis ha quedado esta diferencia estereotipada en la leyenda famosísima de los dos hijos de Adán: Abel, el pastor, y Caín, el agricultor, que mató á su hermano por envidia de su virtud. La leyenda procede, como se ve, de un pueblo de pastores, cual era el pueblo israelita, pero la experiencia nos ha enseñado que los abelitas no son mejores que los caínitas, y hay quien supone que si Caín no hubiese matado á Abel, es muy fácil que hubiera muerto á manos de éste.

En cualquier libro bueno de historia de la civilización, y aun en historias particulares—en la «Historia del pueblo de Israel», de Renán, pongo por caso—puede leer el lector las consecuencias que lleva consigo la vida del pastoreo nómada. Yo creo que es uno de los elementos para comprender nuestra historia de España, y así lo expuse en el prólogo de mi «En torno al casticismo», que es un intento de estudio del alma castellana. La trashumancia de los ganados—de las ovejas—desde los campos meridionales á las montañas del norte de España y todo el régimen que traía consigo, con sus cañadas, su concejo de la Mesta, etc., es uno de los hechos más trascendentales de nuestra historia. Abrigo la creencia de que la expulsión de los moriscos, hecho tan preñado de consecuencias en nuestra historia, se debi ó al odio y la envidia de los abelistas contra los caínitas. En el fondo de pocas de las disensiones que hoy nos desgarran veo lo mismo. Hay en España regiones enteras que aunque hoy cultivan los campos y lleven la esteva del arado son de tradición pastoril, siendo la agricultura en ellas cosa pegadiza y sin raíces, mientras hay otras más genuinamente agrícolas. Agricultura y mucha agricultura hay en Castilla, y Castilla es, sin embargo, con Andalucía, un país de tradición pastoril, abelista, mientras Cataluña y Valencia son de tradición agrícola, caínista. No hay dos cosas más opuestas entre sí que el vaquero y el huertano.

Y el que primero monta es el pastor, el pastor á caballo, el vaquero que sobre su pingo y garrocha en mano, acompaña á su vacada.

Ahora al pobre caballo lo están arrinconando, tal vez redimiendo, los diferentes vehículos movidos por el vapor ó la electricidad. Hay quien cree que dentro de poco lo dedicaremos á cebarlo para comérnoslo, y hay, por el contrario, quien opina que le están reservados nuevos y más nobles destinos. El día menos pensado se descubre un uso del caballo que ni siquiera habíamos sospechado.

Tantos siglos de convivencia y de mutuos servicios tienen que hacer que el hombre no pueda mirar sin cierta tristeza el ocaso de la caballería. Cuesta mucho despedir ó jubilar á un viejo y fiel criado. Y es natural que al tener que jubilar al caballo se tienda á hacerlo de la manera que le sea más honrosa.

Un pensador ha dicho que la belleza es ahorro de utilidad, ó sea que aquello que hoy es bello fué útil en un tiempo y su belleza no es sino el recuerdo inconsciente de su utilidad pasada. Esto me parece bastante acertado á condición de completarlo diciendo que la belleza es ahorro ó promesa de utilidad, que lo bello es algo que fué útil ó que lo será y que lo fué ó lo será por el respeto mismo porque es bello. Y he aquí cómo la belleza del caballo puede aumentar cuando deje de ser útil y ser á la vez prenda de una utilidad futura. El caballo ha de ganar como animal de lujo.

Ved á que serie de consideraciones puede llevarnos la meditación de la suerte que al caballo le está reservada.

Y para concluir he de deciros que no me atrevo á decir que sea yo uno de los peores jinetes que se pueda conocer, por la sencilla razón de que no soy jinete. Nunca he pasado á este respecto de ser un vasco patón, pero buen andarín en cambio.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S